LUIS MALDONADO

LA VERDAD, IMPOSIBLE

COMEDIA EN TRES ACTOS



MADRID
Sociedad de Autores Españoles.
Núñez de Balboa, 12
1922

LA VERDAD, IMPOSIBLE

LA VERDAD, IMPOSIBLE

COMEDIA EN TRES ACTOS

POR

LUIS MALDONADO

Estrenada en el Teatro Bretón, de Salamanca,
el día 6 de Noviembre de 1922.



SALAMANCA
Imprenta y Librería de Francisco Núñez Izquierdo.
Ramos del Manzano, 42, y Rúa, 25

1922

A mi hija Julia.

El Autor



PRÓLOGO

(Publicado como autocrítica en "EL ADELANTO„, de Salamanca.)

El tema de la locura es de los que han tenido más constante y universal tratamiento literario.

Pero cedería en universalidad y se volatilizaría su interés estético si se contrajera a la locura patológica y vulgar.

Don Quijote, aun para el mismo Cervantes, fué un *loco famoso,* no un loco solemne y cotidiano.

Esto no conviene olvidarlo. El ensayo llevado a cabo modernamente por los rusos, de desarrollar literariamente la locura patológica, es más tratable en la novela que en el teatro. Aun en la novela, obra felizmente la duda de la locura, que abre amplios horizontes a la iniciativa y a la espontaneidad del lector. En el teatro, el tratamiento del loco vulgar es cruel y de éxito, entre los públicos medios, fácil y desairoso.

Locura literariamente potencializable es la que llama ingénuamente a una superestructura ideal, de mito o de *universal,* la que, rebasando las limitaciones del individuo, se encara con la humanidad.

«Por amor a la humanidad, soy sincero», dice Arturo en mi obra.

Por eso el desfile de locos de atar y de manicomio, en el segundo acto, sólo tiene un valor episódico y una aparición fugaz.

Tengo interés en hacerlo notar: me ha guiado en este criterio el respeto al público y a la obra,

En cambio, la aspiración preterindividual del protagonista es constante y característica.

Identifica, mediante ella, la idea y la humanidad con la verdad: la vida con la mentira y el engaño.

«No hay cariño donde no hay verdad», dice Arturo en una ocasión, y en otra: «Así cambiará de rumbo la vida; porque el día feliz en que la mentira desaparezca de la tierra...»

Estas identificaciones son ya tradicionales, y en tal sentido se justifican; si ya no se consideran las ideas intervertibles, y en la serie de ideas se reserva un lugar, como se suele, para Dios, identificado con la verdad, el amor, etc. Mas de este prurito trascendente he querido librarme, o, al menos, limitarme a todo trance.

La identificación de la vida y de la mentira, a través de la representación fenomenal en que nos movemos, presta contraste a la idealización de la verdad, y da contenido real a mi obra. En tal sentido he procurado utilizarla largamente.

«Eso sería transigir con la mentira», dice Arturo. «Te engañas —le contestan—, eso sería vivir en la realidad, como todos las mortales».

Del contenido vital de la mentira, así interpretada, está extraído un resorte técnico de máxima importancia para la acción.

Una vitalización acelerada de la vida, una representación compendiosa (una *summa),* un esquema del movimiento de la vida, fraguado para concertar la vida, es la justicia humana, la cual, siguiendo un método de deducción que ya hemos aceptado, se nos manifestará como una mentira máxima, como la gran mentira.

El temor, pues, a esta justicia, entre los que rodean a Arturo, es lo que le recluye en el manicomio, imponiendo así los rasgos del segundo acto y previniendo el final.

«... si no se lograse aislarle en un... lugar... —dice uno de los personajes— adecuado, correría un peligro mayor, porque la justicia...»

El carácter de Arturo, atacado de la locura ejemplar y de excepción, es, como el ideal que representa, simple y esquemático..

El único carácter complicado y flexible de la obra, cuyos matices escapan a una comprensión terminante y racional, es el de Luisa.

Solo reflejándose en Arturo estos matices, borran su fisonomía mística y le prestan contenido y realidad. Por semejante manera Arturo y Luisa quedan indisolublemente unidos y entrañan un doble y único protagonista.

Primeramente aparece Luisa como la mujer que por la vía privilegiada del amor llega —¡ella sola!— a la comprensión del hombre extravagante.

Este es el linaje aquel de mujeres que aparece siempre junto al héroe. De una de estas mujeres el héroe puede decir: «Tú eres la única o la primera persona que ha creído en mí» o «tú sabes amar», etc.

Luisa sabía decir:

«... en Arturo no hay más exaltación que la de la honradez. *Un deseo irresistible de decir a todos la verdad...*»

Es decir, un deseo como aquel transcendental de Catón, que era justo porque no podía ser de otro modo.

Luisa, además, sabe —el amor la intima a que lo diga, y esto es un saber — que hay dos locuras, a una de las cuales llama en su lenguaje para diferenciarla de la otra, *locura verdadera* (es ella la que así la llama).

«Eso es cruel, es inhumano. Le llevarán ustedes, si le recluyen, a la locura verdadera.»

Y ahora, prosiguiendo el paréntesis, me ocurre preguntar: ¿Cuál es la locura verdadera?

Mas tarde, olvidada Luisa de la afinidad entre cariño y verdad —«no hay cariño donde no hay verdad», había dicho Arturo— y olvidada de su misión, es ella la que arrastra a Arturo a la ficción de una cordura cotidiana y filistea.

Su conducta sigue, decididamente, una línea sinuo-

sa. Lo irracional nos envuelve y solicita; a veces nos arrastra su corriente y avenida, y la mujer le abre la compuerta. El mismo instinto que nos asombra, a veces, con su saber, nos sale al paso otras con su no saber.

«Finge, finge Arturo —le dice con tenebroso canto de sirena— finge por nuestro amor...»

Y en otra ocasión, la mujer —que siempre clama por la vida aunque no lo parezca— clama ahora por la vida clara y distintamente:

«...dime que por mí, por cariño a mí, sólo, sólo por eso te allanarás a la vida, y eso me basta.»

Pero a la postre—la mujer puede rectificar, la flexibilidad femenina hace que la responsabilidad se le conforme y se le transforme—se arrepiente de la desviación de su primitiva conducta y clama por la vuelta a la idea que, para ella, según dice, es la vuelta a la vida de la verdad.

«no me quisiste fingidor? —le dice Arturo— soy tu obra, la obra de tu amor...»

Estas palabras, ecoando sobre su alma, marcan más que una conversión de su voluntad, una acusación decidida e irrecusable de su verdadera voluntad que, por algunos momentos, se había enturbiado por el ripio de las solicitaciones de los deudos.

«Por Dios te pido —dice al fin resueltamente— que vuelvas a ser unos instantes, no más, aquel Arturo mío que levantaba tempestades de protestas diciendo a todos la verdad.»

Un instinto seguro la guía y la conforta después de haber vacilado y perturbado, acaso de un modo irremediable para la manifestación escénica, la belleza y la precisión de su carácter.

Arturo se manifiesta en dos sistemas distintos: el de la sinceridad y el del fingimiento.

Este es para él como un sueño o como un narcótico al que se somete voluntariamente.

—¿Por qué se somete?

Se somete a raíz de una expresión sarcástica:

«Ya miento como un bellaco».

Pero con un propósito ejemplar, aunque sólo ilumine aparentemente una esfera reducida: la del desengaño de la mujer a quien ama.

Esta reducción pesa sobre la obra y aun limita las mismas aspiraciones de universalidad del protagonista, diferenciándole característicamente de los héroes del tipo en los teatros clásicos y tradicionales.

Pero, a pesar de ello, aquellas aspiraciones universales siguen operando, y la ejemplaridad de la ficción y del desengaño es aprovechable como tésis y como máxima general.

Al llegar a este punto, una excursión rápida al argumento se impone como una exigencia.

Primer acto.—Arturo escandaliza a la sociedad en que vive por una manifestación bizarra de su amor super-ritual a *la verdad*. Arroja *las verdades* sobre toda figura, violento, extemporáneo. Sólo la mujer amada le defiende. Le sentencian loco.

Segundo acto.—Deciden recluirle en un manicomio. Aun la mujer amada transige. Arturo aparece en un manicomio rodeado de locos y tenido por cuerdo; a este fin conduce su táctica de evitar las bizarrerías de antaño y darse a la vida con todas sus exigencias. La mujer amada, paralelamente a él, acepta la *táctica del fingimiento* y el sacrificio que exige.

Tercer acto.—Arturo sale del manicomio. Triunfa en la vida, en la política. Es nada menos que una figura nacional. Provoca una crisis. El rey le llama para entregarle el gobierno. El país espera de él nada menos que una revolución encauzada en un plan de reformas radicales.

Puestas así las cosas, el desenlace del *desengaño* se acelera y se impone. La conciencia se yergue y recaba sus derechos. El eje de conversión del fingimiento a la sinceridad es cabalmente la conciencia. Por eso se insinúa con una apelación a la conciencia, a la responsabilidad, a la verdad.

Pero antes, Luisa, la mujer amada, juega un importante papel. El amor que la había impulsado a arras-

trar a Arturo al fingimiento, la llama ahora por el camino de la verdad.

La motivación es característicamente femenina. Arturo se había entregado a la política. La política se yergue, misteriosamente, en rival de Luisa. Esta no ve otro medio de retornarle a su amor que el de retornarle a su antigua locura, en que el amor y la verdad se compaginaban, y sin miedo a rivales, reinaba señora en el corazón de Arturo. No más política. No más fingimiento:

«¿Vas a engañar al rey diciéndole que eres capaz de realizar en obras lo que tú me has confesado cien veces que no son más que palabras huecas y sonoras? Dí la verdad al rey, ¡dísela!»

Las últimas palabras de Luisa, depositadas con pausa y solemnidad en el ánimo de Arturo aún resuenan en él cuando se halla ante el Rey:

«Yo no soy hombre de gobierno —le dice— y sería un gran mal el ponerme al timón de la nave.»

Y más tarde da cuenta a sus amigos del proceso psicológico de su conversión:

«Llegué a la cúspide, y al contemplar en el fondo un pueblo desgraciado y miserable, recobré, con la conciencia de mi responsabilidad, todas las energías de mi carácter, y la *verdad* brotó de mis labios.»

La apelación a la conciencia, que es el eje del desenlace, no es un argumento vital.

Necesita de un argumento manifestable para verificarse activamente entre los hombres.

Este argumento es el equívoco de las dos locuras.

Arturo lo expone al rey, obra maravillosamente como *argumentum crucis,* y el rey se convence.

Arturo, en efecto, había jugado como a un deporte espiritual peligroso, con dos locuras: la locura de excepción, inasequible a las gentes, y la locura vulgar, de la cual hizo creer que había salido sano y curado de entre los orates.

El pueblo confunde ambas e interpreta las manifestaciones de la primera como de la segunda.

Así, cuando Arturo dice, en el primer acto, poseído de lirismo:

«El día feliz en que la mentira desaparezca de la tierra...»

El general, discurriendo como los muchos, dice a los que están cerca:

«Loco perdido!»

Pues bien; Arturo, saliendo de la casa de orates, con fama de curado, había dado lugar a corroborar aquella falsa interpretación.

No es extraño el temor de que el pueblo le tuviera por loco o de que acudiera, al menor contratiempo, a tenerle como tal.

Este es el argumento que decide al rey a aceptar la inhibición de Arturo.

(En épocas de corrupción, inhibición es la forma que afecta la conducta de los puros: no encuentran masa en que apoyarse para la acción.)

«¿Y había de ser yo, dice Arturo, que me he visto recluído por loco en un manicomio el encargado de realizar las reformas? ¿No sería esto causa bastante para que fracasaran?»

El autor, tras de esto, necesitaba justificar ante el público, con un símbolo sensible, la motivación del Rey, ya que la escena de palacio no pasa ante sus ojos y sólo la conoce por relación.

Arturo hace creer a Pepe, su fiel amigo, que no aprueba su conducta, en un rapto de locura manifiesta y *vulgar* ante el Rey. Pepe se convence: Arturo está otra vez loco. Ha sido providencial su retirada.

Después, Arturo saca a su amigo del error:

«Si tú... pudiste caer en el engaño, aun siendo tan somero y repentino, ¿qué no hubieran creído los españoles al ver a un orate jubilado...»

Después de esta justificación, que es un aseguramiento de orden técnico, ya puede caer el telón.

Luis Maldonado.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
MARQUESA....	Srta. Carmen García Ballester.
LUISA..........	» Amparo Mirat Rúa.
CONDESA......	» Pilar Esperabé.
GENERALA....	» Carmen Mirat Rúa.
LEONOR........	» Encarnación Cavanna.
FLORA..........	» Dolores Esperabé.
ARTURO........	Sr. D. Rafael Cordón.
PEPE...........	» » Manuel Reymundo.
MINISTRO.......	» » José L. Trigo.
GENERAL......	» » Carlos de Anta.
MÉDICO.........	» » Miguel P. de Lucas.
DIPUTADO.....	» » Luis García Blanco.
LOCO 1.º........	» » Carlos de Anta.
LOCO 2.º........	» » Luis García Blanco.
DANIEL..........	» » Ignacio Vázquez de Parga.
Jóvenes regeneradores:	
1.º...............	» » Carlos Plaza.
2.º...............	» » Antonio Alfonso Sierra.
3.º.............	» » Julio Vargas.
FULGENCIO....	» » Joaquín de Vargas.



ACTO PRIMERO

Salón elegantemente amueblado.

ESCENA PRIMERA

MARQUESA y ARTURO

MAR. No es el mundo tal como dices. Yo comprendo tu desvío por las fórmulas sociales, bajo las cuales se ocultan a veces malas pasiones; pero de esto a creer que todos son perversos, y decirlo a grito pelado, hay mucha distancia.

ART. Es un impulso que no puedo resistir.

MAR. Pero que te enajena todos los afectos.

ART. ¿El tuyo?...

MAR. El mío no, porque el cariño de una madre nada hay que lo enajene; pero contrariedad... muy grande, hijo mío.

ART. Perdóname (acariciándola,) madrecita; bien lo sé; mas no creas que es posible resistir á la avalancha de improperios que se vienen a mis labios cada vez que me pongo en contacto con esa turba de las gentes distinguidas, cuya vida es la mentira y la falsía. No puedo resistir el impulso de mi conciencia que protesta de esa farsa indigna.

MAR. Pero ¿te consideras capaz de variar el

curso de la vida de sociedad con tus ironías? No comprendes hijo, hijo querido, que eso es pura soberbia?

ART. ¡Tal vez!

MAR. Tal vez soberbia satánica que es la peor de todas las soberbias; la que se atreve a contender con Dios mismo.

ART. Al alma me llegan tus palabras; mas encuentran en ella un fondo tal de convicción y protesta... En fin, por hoy estás libre de mis intemperancias; pués antes de que lleguen tus convidados, estaré yo camino de Valparaiso dando que hacer a liebres y perdices. ¡Fulgencio! ¡Fulgencio!

MAR. No grites, que me crispas los nervios. Llama al timbre.

ART. (Oprimiendo el timbre que se oye sonar.) Sea, ya que prefieres el repiqueteo del metal al timbre de mi voz.

MAR. Si es que aturdes, hijo.

ART. No, madre; es que es de mal tono el usar de la voz humana y se prefiere el sustituirla por la monotonía de ese chirimbolo insoportable. (Fulgencio entra cargado con la escopeta, bolsa de cartuchos, capote, etc., etc.)

ART. ¿Cuántos cartuchos has puesto?

FUL. Trescientos. (Se oye la bocina de un automóvil.)

ART. Ya está ahí Pepe. Baja eso al coche. (Sale Fulgencio.)

ESCENA SEGUNDA

DICHOS, PEPE y LUISA

PEP. (Saludando.) Me he retrasado por ésta. La *toilette* de una dama es más complicada que la de un cazador.

LUISA Eso es; a mí las culpas y se ha pasado media hora repasando los bártulos de caza.

ART. No es tarde, y ya que has venido, no es cosa de marcharse sin hacerte unos momentos el *rendez-vous.*

LUISA Estás hoy finísimo; pero te dispenso de la cortesía. Es ya tarde y teneis que andar mucho camino.

PEP. Tengo unos faros que hacen de la noche día.

MAR. Por Dios, Pepe; aconseje usted a ese hijo; cada día está más exaltado. Se me despega la carne de los huesos al pensar que algún día haya que recluirle...

PEP. Y conmigo está siempre tan razonable. Jamás hemos tenido el más leve disgusto.

MAR. Usted sabe llevarle el carácter; cede usted en todo.

PEP. No lo crea usted. Le contrarío y discuto con él. Para mí Arturo es un hombre noble y genial; pero (usted me consentirá el atrevimiento), mal educado, mimado por usted.

LUISA No, eso no es cariño.

ART. No hay cariño donde no hay verdad. Por amor a la humanidad, soy sincero.

LUISA Eso crees tú porque te imaginas en posesión del secreto de todo; el único bueno, él el único justo, el único santo; los demás tenemos la modestia de no creer que somos la verdadera tiá Javiera.

ART. Pero tú ¿me quieres así?

LUISA Yo te quiero así porque no resisto al deseo de quererte; pero te querría mejor avenido con la vida, gozando de ella tal cual es, como hacemos los demás.

ART. Pero eso sería transigir con la mentira.

LUISA Te engañas; eso sería vivir en la realidad como todos los mortales.

MAR. (A Pepe.) Acaso el campo le mejore. Procure usted alargar la estancia.

PEP. Por mí (levantándose,) todo lo que quiera. Me encanta Valparaiso, aún más que por la caza, por los hermosos cultivos que allí ha plantado Arturo. Además su compañía es amenísima. ¿Vamos, Arturo?

ART. Andando. Adiós, madre. (besándola en la frente.) Adiós, Luisa, y no me olvides.

MAR. Ojo con las armas que el diablo las carga.

LUISA Y son un par de distraídos...

PEP. No hay temor... más que para los pobres conejos. (Salen.)

ESCENA TERCERA

MARQUESA, LUISA y luego FULGENCIO.

MAR. ¿Cómo le encuentras?

LUISA Bien. Yo no me acostumbro a la idea de que padezca el menor trastorno.

MAR. Tú eres buena, Luisita, y aún así le quieres; pero el médico teme que la exaltación vaya en aumento.

LUISA El médico no anda bien informado. Usted y sus amigos le contagian de sus temores y en Arturo no hay más exaltación que la de la honradez. Un deseo irresistible de decir a todos la verdad; porque cree que la verdad debe prodigarse a manos llenas sobre las gentes.

MAR. Veo que la contagiada eres tú.

LUISA No lo crea usted; desgraciadamente no tengo valor para tanto; pero admiro a quien lo posée.

MAR. Y... ¿me darás el consuelo de que sea pronto tu marido? Yo no me atrevería a pedírtelo si no creyera que tu amor es el único freno de su albedrío y que el matrimonio le ha de transformar en un hombre sociable.

LUISA — Nunca he temido el unirme a Arturo, en cuyo cariño tengo fe ciega; pero usted trasmitió a mis padres sus temores y cada día resisten más. A no ser por el cariño que tienen a usted y porque sabían que Arturo iba hoy al campo, me hubieran prohibido el venir. La gente les murmura a diario que es una gran locura nuestro propósito, y el otro día estuvo Arturo tan inconveniente con mi padre...

MAR. — ¿Con tu padre?

LUISA — Le dijo horrores de la Compañía del Sudoeste... Que tiene en esclavitud a los mineros, que Dios no puede perdonar ese trato inhumano del cual sale el fausto de nuestra vida... Tales cosas, que mamá lloraba llena de escrúpulo y papá estuvo a punto de arrojarle de casa. Una escena violentísima... porque Arturo no cedió hasta que me vió llorar.

MAR. — ¡Qué desvarío, Señor! ¿Y Pepe?

LUISA — Pepe le daba la razón, y eso exasperaba más a mi padre. Y la tiene Enriqueta, aunque sea duro confesarlo. A mí no me duele la verdad, lo que me entristece es la resistencia de todos a comprenderla. ¡Cuánto más feliz sería la vida!

MAR. — Luego tú, la única que puede hacerle reflexiones que le calmen, ¿le das la razón en todo?

LUISA — No, yo le contrarío bien a mi pesar, porque no tengo entereza para unir mi protesta a la suya... y porque no he nacido más que para querer... Aunque conozco el mal... no soy capaz de condenarlo.

MAR. — Llegan los invitados.

FUL. — El señor ministro de la Gobernación.

ESCENA CUARTA

DICHOS, y van llegando MINISTRO, CONDESA, GENENAL y GENERALA, MEDICO, DIPUTADO.

MINIS. (Saludando.) ¿Cómo va, Marquesa?... ¿Y Arturo?

MAR. De caza.

MÉD. ¡Señora!

MAR. ¿Vió usted a Arturo?

MÉD. Sí, señora. Y me temo que...

MAR. ¿Pero no será posible hallar algo para su curación?

LUISA Lo primero era saber si estaba enfermo.

MÉD. Lo está, Luisita. Desgraciadamente, lo está.

GENERALA ¿Y Arturo?

MAR. Salió con Pepe de caza.

MINIS. (A Generala.) Lo celebro mucho, porque estando él aquí el té sabe amargo, bella Generala.

GENERALA Una madre tan fina y un hijo tan tosco y mal criado.

GENERAL (A Diputado.) Señor Diputado, ¿al fin se votó definitivamente la famosa ley de instrucción local?

DIPUT. Al fin. Ya era hora.

GENERAL Y ¿dará resultado?

DIPUT. ¡Pech! Yo no creo en la eficacia de las leyes.

COND. Poca fé tiene usted en su propia labor.

MINIS. Orden, señor Diputado. Ante un Ministro de la Corona no puede hablar así un ministerial.

COND. Déjelo usted hablar, que dirá cosas buenas.

DIPUT. Digo, querida Condesa, que la ley es buena; pero ¿ustedes creen que la instrucción

obligatoria puede cuajar en este pais donde las madres envían a los hijos a la escuela para que no den guerra en casa?

MINIS. Esas son cosas de Arturo y Unamuno. (Trae Fulgencio el té que sirve Luisa.) Y a propósito (a la Marquesa.) ¿Cómo anda Arturo de sus exaltaciones?

LUISA Cree usted que son exaltaciones?... (enojada.)

MINIS. Noble exaltación; pero ¿quién duda, Luisita, que nuestro amigo Arturo exagera un tanto sus impresiones de la vida? Acaso parezca a ustedes indiscreto; pero aquí, en la intimidad, debo decir a usted y a la Marquesa, únicas personas que influyen en él, que es necesario que se modere en sus juicios; pues pasando ya de la crítica acerba... llegan a la injuria y a la calumnia.

MAR. (Con ansiedad.) ¿Hay algo nuevo?

MINIS. Hay mucho, querida Marquesa, y sólo mi amistad, tan antigua en esta casa, puede tolerarlo. Gertrudis no ha venido porque el disgusto la tiene en cama. Ayer, en el tresillo de los Vélez despotricó contra mí, de tal manera, que la dueña de la casa creyó de su deber ponernos en autos para ver si de algún modo era posible evitar ese aluvión de dicterios que no pueden tener justificación como no sea en un mal estado mental...

MAR ¡Hijo de mi vida!

LUISA Y usted ¿no ha dado motivo?...

MINIS. Absolutamente. Resolví, es verdad, en contra el expediente de los obreros tejedores en que él mostraba tanto interés; pero la ley estaba clara a favor de los patronos y aunque fuera una iniquidad... aparentemente... no había más remedio que fallar así.

LUISA ¡Pobres tejedores!

MINIS. ¿Usted también?

LUISA Yo no hago más que sentirlo y tranquilizarme respecto del estado mental de Arturo.

GENERAL No, Luisita, porque hay más y es necesario que lo sepa su madre...

LUISA Podría usted ahorrarla...

MAR. No, quiero saberlo todo.

MÉD. No es necesario, señores. Yo tengo advertida a la señora Marquesa de lo que ocurre y nada la cogerá desprevenida. Triste es decirlo; pero el estado de Arturo se agrava y mucho temo que llegue pronto el día en que haya que recluirle...

LUISA ¿Recluirle?

MAR. Y ¿no habrá otro remedio? doctor.

LUISA Recluirle porque dice la verdad, porque es sincero, porque...

MÉD. Por Dios, Luisita, que usted no puede encontrar justificadas esas extravagancias. De su mismo padre de usted, propala las mayores infamias. ¿Es eso estar en razón?

ESCENA QUINTA

DICHOS, ARTURO y PEPE

PEPE Buenas noches, señores..

GENERAL Pero ¿qué significa esa vuelta?

ART. Pues, sencillamente, que se nos rompió el automóvil en la cuesta de las perdices y hemos tenido que volver pies atrás, como usted en la acción de Salaruca.

GENERAL Aquello fué una retirada estratégica.

ART. Sí, la retirada de los dos mil, más famosa que la narrada por Xenofonte, porque la de usted fué más veloz.

GENERAL Esto es insoportable.

MINIS. Arturo, repórtese usted... Su pobre madre.

ART. Si lo hace usted por ella, me callo. En otro caso, le reiteraría a usted lo que dije anoche en la tertulia de los Vélez.

LUISA Arturo, sorbe el té y calla. Siquiera mientras lo tomas.

PEPE No tomen ustedes en serio a Arturo, que lo que desea es bromear a costa de ustedes.

DIPUT. Ea, hablemos de otra cosa, de *re agraria* ya que estos vienen del campo. ¿Qué os parece del sistema Solaris tan preconizado por nuestro General en las asambleas agrícolas? ¿No es verdad que se trata de un gran adelanto?

ART. Lo mismo da el sistema Solaris que el Sombralis: yo continúo labrando mis tierras año y vez; trigo sobre barbecho, granos menudos sobre trigo y hierro sobre todo. Así me lo enseñaron y así lo continúo.

DIPUT. Pero eso es un indigno rutinarismo. ¡Porqué lo hicieron nuestros mayores! ¡Vaya una razón!

ART. Poco a poco, amiguito; tú me ganarás a charlar de lo que no entiendes; pero... a labrador, te las echo a tí y a todos los parlanchines de los Congresos agrícolas.
Veamos esa labor moderna que nos estás pasando a diario por las narices, y que debe estar en las nubes, porque nadie ha logrado verla y... a compararla con mi heredad que radica, a ojos vistas, en Sanchón de la Espeja, partido judicial de Majadablanda, en esta provincia.

DIPUT. Siempre a la diatriba; pero das en terreno firme. A mí no me enojas.

ART. Tienen gracia estos agrónomos. ¿Pues no hizo creer, en el último congreso, que alimentaba sus ganados de labor con sarmientos machacados y no sé si con piedras molidas?

DIPUT. ¡Qué enormidades me atribuyes!

MINIS. Eso si que sería hacer comulgar con ruedas de molino.

DIPUT. Son ustedes relapsos de la ciencia agraria.

ART. Tú sí que eres un agricultor en la atmósfera

DIPUT. Bien sabes que he presentado los mejores ejemplares...

ART. Ajenos todos, amigo mío. Acuérdate de los garbanzos que me compró tu mujer para la olla de los días solemnes y los presentaste en la exposición bienal como productos de tus fincas. Y no hablemos de las vacas lecheras de tu amigo...

DIPUT. Eso es salir con las cien ovejas.

ART. Es decir la verdad; carta canta.

TODOS Cuenta, cuenta.

ART. Pues es el caso, que un amigo de Ramírez, miembro del Supremo Instituto Agrícola y condecorado con la gran banda del Mérito Rural, me pidió, en carta que conservo, seis vacas que a un tiempo sirviesen para dar leche abundante y... ¡para criar toros de plaza!

TODOS ¡Tiene gracia!

ART. Le envié, en efecto, seis nodrizas holandesas con unas ubres de a cántaro, y cual no sería su sorpresa y su indignación, cuando las vió alumbrar seis becerros sin cuernos y tan mansos, como era natural, dada la bravura de la casta. (*Todos ríen.*)

DIPUT. Ya sabes que a mí me puedes embromar impunemente; pero estos señores com-

prenderán cuánta imaginación has puesto en esas cosas.

ART. Es el evangelio. Tan evangelio, como lo que dije ayer de nuestro amigo el Ministro en casa de los de Vélez... Pero veo que le contraría a usted.. pues tómelo usted como éste (indicando al Diputado,) tómelo usted por pura broma.

MINIS. No se pueden tratar en broma esas cosas, y sí un aviso amistoso como el que acabo de hacer...

MAR. ¡Por Dios! Había usted de tomarlo en serio. Arturo, discúlpate con estos señores.

ART. Señor Ministro; me acuso de que con toda injusticia ha resuelto usted un expediente en que van envueltos la salud y el sostenimiento de quinientos obreros.

MINIS. Esto es insoportable.

COND. Arturo, ¡por Dios!

ART. Miradla qué tierna. Ni que fuese yo el almirante.

COND. Arturo, eso es una infamia indigna.

PEPE Repórtate, por Dios vivo.

ART. Si no censuro más que la falta de valor de estas gentes. ¿Que el General tuvo miedo insuperable en Salaruca? Pues que lo confiese noblemente y se retire a cuidar gallinas y no necesita de mayores explicaciones.

PEPE (Tapándole la boca.) Calla, deslenguado.

ART. ¿Que la Condesa se entiende con el almirante porque le gusta más que el viejo chiflado que tiene por marido? Pues que lo diga a todos los vientos y le aplaudiremos el buen gusto.

MAR ¡Hijo! ¡Hijo mío!

GENERAL Loco perdido, señora. Sólo eso evita...

ART. ¿Que el señor Ministro se dejó llevar de

sus aficiones a los capitalistas para fallar? Pues que lo declare...

MÉD. No tiene remedio, Marquesa; por él y por su salud, en primer término, y por usted después .. hay que recluirlo. Está próximo a graves extremos de locura. Ahora son palabras, vendrá pronto la irritabilidad nerviosa, y con ella, la acción.

MAR. ¡Arturo, hijo mío. Por tu madre!

ART. ¿Qué te ha dicho ese galeno? Que yo estoy loco, verdad? Sí, loco estoy porque vivo en un mundo en que la verdad se ha hecho imposible; pero yo modificaré este ambiente con el ejemplo. Revelaré el secreto a voces, dando a los vientos lo que se dicen todos en voz baja. Así cambiará de rumbo la vida, porque el día feliz en que la mentira desaparezca de la tierra...

PEP. (Tapándole la boca y llevándole hacia el foro.) Arturo, esto es insoportable...

GENERAL ¡Completamente perdido! ¡Lástima de joven!

COND. ¡Pero le da la vasca por unas cosas!

GENERAL La verdad, que lo del almirante... Condesa, es un grave atrevimiento.

COND. No menor que lo de la retirada.

PEPE Ea, vamos a tu cuarto que nuestro traje no es el más propio para el lugar y la ocasión.

ART. Sea... así quedarán tranquilos. «El loco se va, señores. Puede el baile continuar».

ESCENA SEXTA

DICHOS menos ARTURO y PEPE

GENERAL Marquesa, esta situación es insostenible para usted; los amigos podemos sufrir

afrentas de su hijo porque sabemos que es irresponsable; pero los extraños ¿qué dirán? Que usted no trata de curar a su hijo.

COND. Que se goza usted en sus extravagancias.

MINIS. Que da usted alas a esa protesta contra todo lo más respetable.

MÉD. Lo he dicho cien veces, señores. Nadie va a Panticosa por un catarro, y en cambio, tísicos ya de remate, emprenden el camino para quedarse en él muchas veces... Lo mismo digo de los... de las casas de salud. No van allí más que los curiosos, incurables casi, y en cambio éstos, que sometidos a un buen régimen sanarían pronto, nos empeñamos en dejarlos sumidos en el medio social que ha producido sus desequilibrios.

MAR. Si eso fuera así, yo cedería, porque lo que deseo es el bien de mi hijo.

LUISA ¡Pobre Arturo! ¡Sería matarlo!

MÉD. ¿Y cómo no, señora? Duda usted de que, mayor o menor, eso no es del cuento, Arturo padece una perturbación mental? ¿Crée usted que ese jóven procede como normalmente debe proceder una persona de su edad y de sus circunstancias?

LUISA ¡Oh, qué horror! ¡No tendréis piedad de él porque os mortifica! ¡No seréis capaces de elevar vuestra alma a la generosidad!

MINIS. Luisita; no es eso, no se trata de nosotros a quienes en nada perjudican, aun siendo molestas, las diatribas de Arturo. Es por él, porque necesita salir de este ambiente en el cual nada halla conforme con sus ideas, en el que padece diariamente la mortificación de ver que su protesta es ineficaz. Crea usted que Arturo al cabo de unos días de aislamiento cambiará. Los

árboles no le dejan ver el bosque; pero él, que es reflexivo, así que vea de lejos la sociedad, acabará por reconocer que no puede ser de otro modo y volverá a ella convencido de que hay que vivir la vida sea como sea, y se resignará a aceptarla aunque como a todos no le parezca cosa perfecta.

MAR. ¡Si eso le modificara!

MÉD. Que duda cabe. Respondo a usted de que, al cabo de unos meses, es otro y podrá usted gozar de nuevo de su presencia en esta casa.

LUISA Eso es cruel, es inhumano. Le llevarán ustedes a la desesperación y a la locura verdadera.

MINIS. Cálmese usted y déjenos obrar, que no perderá nada en ello. Arturo no puede continuar así. Aun suponiendo que en todo tuviese razón, un hombre solo no es bastante para luchar contra la humanidad. Si no se lograse aislarle en un... lugar adecuado, correría peligro mayor porque la justicia...

LUISA ¡Oh, qué horror!

MAR. No, eso nunca, hijo de mi vida. Antes que eso, todo.

MÉD. Yo me encargo que el tránsito sea lo menos penoso; estará libre dentro del establecimiento, le visitaremos todos asiduamente.

TODOS Sí, claro.

MÉD. Y ustedes tendrán un gran consuelo cuando noten la eficacia del tratamiento, en el cual, lo más esencial, es el influjo de la reclusión y del aislamiento aunque no sean más que pura apariencia.

MAR. Y, ¿cómo decirle?

MÉD. Usted, dado su consentimiento, no tiene

más en qué pensar. Yo corro con todo, aunque me sea penoso. Ya sabe usted que esa es mi especialidad. Y, ahora, conviene que nos retiremos para evitar nuevas exaltaciones de Arturo. Mañana será otro día. Adiós, Marquesa, valor y constancia en el propósito, porque es la única manera de salvarlo. Luisita, resignación.

MINIS. En el alma siento la situación, pero había que resolverlo.

COND. Adiós, Enriqueta... valor. Adiós, Luisita, (besándola tiernamente.)

DIPUT. Hasta mañana, Marquesa, yo no acabo de comprender que sea necesario... pero el médico lo exige... Adiós, Luisa. (Vánse saliendo según se indica.)

ESCENA SÉPTIMA

MARQUESA y LUISA

LUISA ¡Oh! esto es abominable. ¡Arturo! ¡Arturo!

MAR. No, Luisa; es preciso ceder a esta prueba terrible. El aviso del Ministro me ha consternado. No, nunca, eso sería horroroso. ¡Mi hijo en los tribunales! ¡Mi hijo perseguido por la justicia! ¡No, no, jamás, jamás, eso no puede ser... no puede ser!...

LUISA Qué situación ¡Dios mío! (Cae en brazos de la Marquesa). (Telón lento).

FIN DEL ACTO PRIMERO



ACTO SEGUNDO

ESCENA PRIMERA

PEPE y MEDICO

La escena representa el parque de una casa de salud en pleno campo. En el fondo se divisa la silueta de una ciudad con altas torres.

PEPE — Y ¿se puede saber cuándo dará usted de alta a Arturo?

MÉD. — Aún es pronto; pero no tardaré: él se ha modificado radicalmente y, sin embargo, no estoy cierto de su curación. Porque estos locos reflexivos, amigo Pepe, son verdaderos kaleidoscopios mentales que cada día presentan un nuevo aspecto... y todos razonables. Ahora le ha dado por abominar de su vida pasada, por exculparse con todos; pero no estoy seguro de que eso no sea una forma inhibitoria temporal y que luego reaparezca, con mayor intensidad, su extraña manía.

PEPE — Juzgo que esos temores son infundados, doctor; Arturo, ni por asomo ha retrocedido en su curación. A las claras se vé que lo pasado no ha dejado el más leve rastro en su espíritu y que está ansioso de volver a la vida social completamente transformado. Ayer decía Pérez: así que

salga lo hago diputado y le llevo a mi Subsecretaría, porque sus ideas en Instrucción Pública, son de una maravillosa lucidez.

MÉD. Hay que alargar la prueba algo más, Pepito.

ESCENA SEGUNDA

DICHOS y LEONOR

LEO. (Entra vestida ridículamente de bailarina, cantando y bailando con una sombrilla japonesa):

frou, frou, frou, frou,
la falda va crujiendo.
frou, frou, frou, frou,
cruje de amor por tí...

PEPE ¿Quién es esta infeliz?

MÉD. Una madre de muchos hijos. Una santa mujer a quien debilitó el cerebro el ansia de ser nodriza de su prole.

PEPE Es extraño que remede a una cupletista.

MÉD. Acaso lo que más execró en su vida normal; pero el marido se fugó con una bailarina y su monomanía es la de atraerlo nuevamente con sus danzas.

LEO. Y Arturo. ¿Dónde está mi Arturo? (Da unas vueltas cantando y sale haciendo saludos).

PEPE Es cruel tener aquí a Arturo un momento más. Esto es horrible y contagiaría a cualquiera.

MED No lo crea usted. En Arturo la contemplación de tanta miseria ha producido una gran reacción; un ansia de vida y de libertad que han sido salvadoras.

LOCO 1.º (Sale vestido con gran desaliño, con la cabeza cubierta por un gorro de cuartel y papeles y planos en la mano.

Atraviesa la escena en actitud meditabunda, y al llegar al grupo de Pepe y el Médico, se para, saluda militarmente y dice al primero): ¿Usted es un caballero?

PEPE — Lo soy.

LOCO 1.º — ¿Puedo confiarle un secreto de Estado?

PEPE — Sin duda alguna.

LOCO 1.º — (Le coge de un brazo, le lleva a un extremo de la escena y, en voz baja y en ademán expresivo, le dice): Yo me negaba a capitular. Diez veces me negué, con las tropas hambrientas, metidas en el fango noche y día, con los soldados extenuados por la fiebre, con los almacenes de provisiones agotados... y me negué; pero el Gobierno lo exigió nuevamente por la salud de la patria... y cedí... y capitulé llorando de coraje. ¿Hay razón para que la gente maldiga de mí y me persiga..?

MÉD. — Mi general, este caballero está ya convencido. No insista usted más.

LOCO 1.º — ¿No insisto?

MÉD. — No. Nadie duda ya. Puede usted ir tranquilo a dar un paseo. Nadie duda.

LOCO 1.º — ¿Nadie? No volverán los manifestantes... ni la prensa?

MÉD. — Pasee usted tranquilo, que no volverán.

LOCO 1.º — ¿Me hará justicia la Historia?

MÉD. — La hará, mi general.

LOCO 1.º — Adiós, señores. (Sale.)

PEPE — ¡Cómo Dios deja así de su mano a las criaturas! Es necesario sacar a Arturo de este lugar dantesco.

MÉD. — Para él no es tan terrible. Ha hecho un estudio admirable de estas pobres gentes.

LOCO 2.º — (Es un joven extenuado, vestido con un traje muy justo, lleva una lacia melena, el sombrero sobre las cejas y un bastoncito en la mano.) (Atraviesa la escena pisando rápido y menudo con afectación femenil y rectificando su camino a cada paso.)
¡Tuyos son los suspiros de mi pecho!

¡Tuyos son los latidos *d'il mío cuore*!
¡Tuyas son las palabras de mis labios!
¡Tuyos los pensamientos de mi mente!
¡Tuyos..! (Reparando en Pepe y el Médico.)
¿Qué hacéis aquí, mortales? Del infierno
Estáis en el sendero, *voi che 'ntrate.*
De la *perdutta gente* vais en pos.
¡Lasciati ogni speranza! ¡Estáis perdidos.
De aquesta selva obscura entre las ramas.
Que son grifos, endriagos y quimeras!

MED. Hoy no es día nefasto, amigo Arsenio, hoy es día claro y espléndido y hay que gozar de la vida.

LOCO ¡Gocemos de la vida, sus encantos
Ofrece al hombre en dulces libaciones!
«¡La cristalina esfera
Gira bañada en luz; bella es la vida!...»

MED. Sí, muy bella; y por eso hay que desechar tristezas y salir al sol y bañarse en su luz y alegrarse y no volver a recordar aquellas tristezas pasadas.

LOCO ¡Siempre el dardo serán de mi amargura!
(Saliendo pausadamente.)
¡Su imagen flotará siempre en la mente!
¡Suyos son los suspiros de mi pecho!
¡Suyos..!

PEPE ¡Qué horror! ¿No podríamos llamar a Arturo y evitar este cinematógrafo de la locura?

MED. Sea, ahora vendrá. (Aparece Arturo). Helo aquí. (Sale).

ESCENA TERCERA

PEPE y ARTURO

ART. (Abrazándose a Pepe). ¡Pepe! ¿Y Luisa?

PEPE Menos preocupada y con esperanza de verte pronto.

ART. ¿Vendrá?

PEPE Hoy mismo y con tu madre. Pérez, les dijo maravillas de tu curación.

ART. ¡Tiene gracia! ¡De mi curación! Dios no me lo tomará en cuenta porque por vosotros lo hago; pero siento asco de mí mismo y me parezco al ser más indigno y repulsivo...

PEPE Por Dios, Arturo; no volvamos a las andadas.

ART. No lo temas; he digerido vuestros consejos y me los he asimilado en tal forma, que soy ya otro. ¡Miento como un bellaco! Ayer vinieron a verme el general y el ministro y salieron encantados. ¡Figúrate que convencí al general de que le tengo por el primer estratega del mundo y al ministro por el político más puro de la tierra!

PEPE Así les reventaba luego la satisfacción por las cinchas del caballo. El ministro, ¡asómbrate! sueña con que seas su subsecretario.

ART. ¡Ah! y lo seré. No lo dudes. Lo seré y seré ministro... por vosotros, por vuestro afecto y sobre todo... por Luisa. La haré feliz aun a costa de ser yo un hombre falaz y miserable.

PEPE ¿Pero a qué viene eso? ¿Quién exige de tí semejantes extremos? Lo único que te pedimos, por bien de todos, es que no te creas en la necesidad de ir oficiando de apóstol de las gentes, fustigándolas con tu sinceridad, muchas veces intempestiva; pero ¡el culto a la verdad! ¿quién te lo impide?

ART. No, Pepe. Esta transacción es vergonzosa, es inmunda; pero yo estoy resuelto a respetar el pacto de mi libertad.

ESCENA CUARTA

DICHOS y MARQUESA, LUISA y CONDESA

Marquesa y Luisa saludan cariñosamente a Arturo.

MAR. Arturo, hijo mío.

ART. Madre, Luisa, amiga Condesa...

MAR. ¿Qué dice el médico?

PEPE Pronto volverá con nosotros.

COND. Si está transformado... más sano, de mejor color...

ART. Y menos loco, verdad, amiga Condesa? Y pensar que a usted tan buena... tan bella... pude yo algún día...

COND. ¡Ea! agua pasada, no muele molino. Usted no es aquél.

ART. Cierto; más aun así, mi remordimiento será eterno.

LUISA Voy a tener celos.

COND. No lo temas; está demasiado cuerdo para no distinguir entre una jamona y una niña...

MAR. Quisiera ver al médico para rogarle.

PEPE Le acompañaré a usted.

MAR. Hijo mío; yo quiero ver al médico y rogarle que te dé de alta; mi casa es un sepulcro; yo no puedo vivir más sin tí.

ART. Vé y ruega: yo lo deseo tanto como tú; pero no está en mí el suplicar que me declaren cuerdo. (Salen la Marquesa y Pepe.)

ESCENA QUINTA

ARTURO, CONDESA y LUISA

COND. Si me prometeis ser formalitos os daré unos instantes de libertad... Esa campiña es interesantísima.

LUISA No, por Dios... nada tenemos que hablar que usted no pueda oir.

ART. (Afectadamente.) ¡Oh! simpática Condesa, alma grande. Rendido de gratitud os doy las gracias más expresivas. (Haciendo zalemas.)

COND. Adulador. (Se distrae hacia el foro paseando y Luisa y Arturo vienen a un lado del proscenio.)

ART. ¡Lo ves, finjo a maravilla! ¡Soy un artista! (Abatiendose un instante.) ¡Un artista no... Un mísero farsante!

LUISA ¡Arturo, por Dios!

ART. (Recuperándose.) No, tranquilízate. Sólo ante tí, amor mío, cielo mío, luz de mis ojos. ¡Sólo ante tí seré capaz de volver a ser fugazmente sincero!

LUISA ¡Fugazmente!

ART. No sé como entenderte. Te declaro lo que siento de mi mismo y te asusta mi sinceridad y cuanto, por complacerte y por servirte, hago promesa de echar todos los frenos a mi espontaneidad...

LUISA ¡Por Dios, Arturo! No es eso. Es... yo no sé explicarte lo que pasa en mi alma. Aun tiempo te quiero sincero y fingidor. Sincero para mí, fingidor para las gentes que te persiguen por sincero; pero ¡es tan difícil separar la verdad del fingimiento! que antes, cuando mostrabas tu ternura, no acertaba a distinguir la una de lo otro y...

ART. Lo ves, amor mío, lo ves como hay que volver a la verdad pura... ¡Y yo que me creía ya tan gran maestro de fingimiento!

LUISA No, Arturo, no hay que volver a aquellos días tristes en que la sociedad te recluyó por loco. Eso me aterra. Yo comprendo nuestra situación. Yo comprendo que, para que vuelvas entre nosotros, no basta que evites tus gallardías de otros tiempos, sino que será necesario llegar al fingimiento.

Triste realidad; pero si no nos sometemos a ella, no serás tú libre ni yo podré ser tuya. Finge, finge, Arturo, finge por nuestro bien, por nuestro amor, y si tu afecto, como es verdadero, fuese fingido, fíngelo bien para vivir eternamente engañada.

ART. ¡Oh! ¡Santa mía! ¡Angel mío! ¡Qué no haré yo para corresponder a esa ternura! Había recobrado de nuevo mi horror a la mentira. Sentía de nuevo en mi alma el deseo avasallador de la verdad, y tus palabras truecan mis intentos y ya no pienso más que en sacrificarlo todo a tu amor. Mi madre y tú sois los únicos lazos que me ligan a la vida; pero ¡son tan fuertes estas ligaduras!... que al cortarlas sangraría mi ser de todos sus afectos. Sí; quiero volver a la vida; sueño con el tibio calor de un hogar feliz, sueño con ser útil a mi patria sin reparar en los medios de lograrlo; si la verdad me incapacita para ello, mentiré mil veces...

LUISA No, Arturo, no, tú no puedes mentir; sería una gran violencia.

ART. No lo creas, en fuerza de alambicar los conceptos y de refinar las ideas, he llegado a la conclusión del poeta.

«En este mundo traidor
Nada es verdad ni mentira
Todo es según el color
Del cristal con que se mira».

LUISA No te entiendo y me asusta oirte hablar así.

ART. Te lo explicaré, sencillamente, para que deseches tus temores: todas las cosas de la vida, aun aquellas más tangibles, tienen dos apariencias: una que las acusa

como mentira, otra que las sostiene como verdaderas. ¿Ves esa torre que se eleva altiva desafiando los vendavales? Pues el más ligero movimiento de su base la hará caer por tierra y, cada una de sus piedras, al chocar contra el suelo, será la negación de lo que ahora parece su eternal grandeza.

LUISA ¡Oh! Arturo, no te entiendo. No quieras justificar por razones lo que sólo deseo que realices por afecto. Dime que por mí, por cariño a mí, sólo, sólo por eso, te allanarás a la vida y eso me basta y todas esas confusas razones me sobran y me enojan. ¡Por mi amor, Arturo!

ART. ¡Por tu amor que es la única verdad de mi existencia, por amor de mi madre, que es la primera realidad de mi vida!

LUISA Y esos amores, Arturo, no tienen doble apariencia.

ART. No tienen sino una sola aureola de bondad y de ternura en que se anega todo mi ser.

COND (Acercándose). Llega la Marquesa. Se acabó el dulce coloquio.

ART. ¡Oh Condesa. Mil gracias!

ESCENA SEXTA

DICHOS, MARQUESA, MÉDICO Y LUISA

MAR. Hijo, el médico consiente en que salgas mañana. Dios se apiada de tu pobre madre.

MÉD. Yo quería detenerle aquí, no por razones de salud, que afortunadamente su estado es inmejorable, sino porque temo que su vuelta a la sociedad nos prive de los admirables trabajos que aquí está realizando. Lejos de ser un enfermo ha sido para

nosotros un gran auxiliar y para los infelices reclusos una providencia. ¡Pobre Leonor, cuando sepa que se va su amigo!

LUISA ¿Quién es Leonor? (A Arturo).

ART. Una infeliz, una madre tiernísima que por raro caso se halla aquí como el pez en el agua, habiendo dejado una familia cariñosa en el mundo. Una enferma digna de estudio...

MAR. (Aparte a Arturo). Hijo querido... me ahoga la satisfacción... mañana será el día más feliz de mi vida.

MÉD. (Aparte). Dejemos a la madre y al hijo unos momentos de expansión. Esto puede ser una prueba decisiva, porque yo no acabo de convencerme... estos enfermos reflexivos son el mismísimo demonio.

LUISA Pero ¿quién duda ya?

PEPE Fuera temores, doctor.

(Quedan solos en escena la Marquesa y Arturo.)

ESCENA SÉPTIMA

MARQUESA y ARTURO

MAR. Gracias a Dios que logro unos instantes de expansión... Ahora creo que ya no nos vigilan. Están convencidos de tu curación. Por la memoria de tu padre, Arturo, te ruego que no reincidas y que continúes venciendo tus arrebatos.

ART. ¿Venciéndolos, madre mía? Eso es poco para lo que yo he aprendido en un año de reclusión. Salgo de esta casa resuelto a haceros felices a tí y a Luisa a costa... a costa del sacrificio entero de mi sér.

MAR. ¿Por qué ese sacrificio? Nadie te lo impone...

ART. ¿Nadie...? en fin, no hablemos más de esto.

Yo seré todo lo que vosotros queráis que sea, para que gocéis en paz de la vida.

MAR. Si no quiero que ahogues las expansiones de tu carácter; pero en la intimidad de la familia... a mí sola y a Luisa... Nosotras gozaremos con ella y nos recrearemos en tu sinceridad y condenaremos...

ART. ¡Pobre madre mía! No creas que eso es posible. O ahogo la verdad para siempre en lo más profundo de mi conciencia, o somos perdidos si sale una sola vez a mis labios. No hay intimidad para esos pensamientos que, cuando brotan al exterior, se enseñorean del espíritu y son más fuertes que la vida misma.

MAR. ¿Y podrás resistir a esos esfuerzos sin peligro... para tu salud?

ART. Podré, madre, podré, por amor a vosotras; porque el amor, cuando es hondo y verdadero, arrincona a la razón en lo más escondido del alma. Podré, porque, por encima de todo, está tu afecto, en el cual se cifran el recuerdo de aquel admirable señor castellano que fué mi padre, el de tus infinitas ternuras y todo un mundo de dulces remembranzas que llenaban mi corazón en estos días tristes de aislamiento... podré, ¡oh! sí, podré, porque lo quiero, porque soy dueño de mí mismo y encadenaré las ideas a los sentimientos...

MAR. Y por Luisa que es un ángel. ¡Cuánto ha padecido!

ART. Por Luisa, sí, que llevará a nuestro hogar un acendrado afecto.

MAR. ¡Qué felicidad, hijo... si logras vencerte ..!

ART. Logrado está, madre mía.

(Se oyen unas campanadas)

ART. Hasta mañana, madre.

MAR. Unos momentos más. Déjame que te quie-

ra mucho. ... hijo mío. (Acariciándole.)

ART. ¡No, madre! El primer deber de un hombre cuerdo es obedecer el mandato de esa campana. Los locos son los que no suelen acudir.

ESCENA OCTAVA

DICHOS y MEDICO, PEPE, CONDESA y LUISA

MÉD. (A Pepe) Temo que la escena haya sido demasiado fuerte.

PEPE No lo crea usted. ¿Vamos, Marquesa? Es necesario preparar un recibimiento solemne.

ART. Hasta mañana, Luisa mía.

LUISA Por Dios, Arturo; deja aquí para siempre tus exaltaciones.

ART. No temas.

MÉD. ¿Qué tal, Marquesa?

MAR. (Afectando tranquilidad.) Voy convencida de su curación. Está transformado y más tierno que nunca. (Se despiden y salen acompañándoles Arturo.)

ESCENA NOVENA

ARTURO y LEONOR y al final, entre bastidores, LOCO 2.º

Al salir de nuevo a escena Arturo aparece en el lado opuesto Leonor, y, dirigiendose a él ansiosa, le dice:

LOCA 1.ª Lo sé todo.

ART. ¿Qué sabes tú, bella Leonor?

LOCA 1.ª Que te vas mañana, con ella... con la otra... y me abandonas... y me dejas porque no bailo bien el *frou, frou*.

ART. Te han engañado, Leonor.

LOCA 1.ª ¿Me han engañado? ¿Te quedas?.. ¿Me quieres mucho, mucho, mucho?

ART. Muchísimo.

LOCA 1.ª ¿Y nos quedaremos aquí solitos? ¿Y tocarás el violín para que yo baile, y me escribirás *couplets*... muy bonitos?

ART. Todo cuanto quieras. Soy tuyo.

LOCA 1.ª ¿Mío? ¿De verdad? ¿Mío, mío, mío? ¿Sólo mío?.. ¿Aquí, lejos de la gente mala del mundo que nos encerró porque éramos buenos? ¡Oh, qué horror de mundo! Está lleno de cucarachas y sabandijas y sapos... todos mentirosos, todos infames. No, Arturo mío. No vuelvas al mundo. Crucificaron a Jesús y tú eres bueno como él. Aquí estoy yo para quererte por todos por todos, sí.

ART. Tranquilízate, adorable Leonor.

LOCA 1.ª ¡Adorable!.. ¿Soy adorable? (Saltando de alegría.) ¿Me quieres?

ART. ¡Pobre criatura, víctima de un delirio de amor! ¡Oh, santa mujer!

LEO. Mira: ya sé hacer una nueva pirueta. Cántame el *frou, frou* y verás... verás qué flexibilidad de cintura. Anda... canta, amor mío, canta.

ART. (Cantando tristemente) *Frou, frou, frou, frou*. . (Suena otra vez la campana.)

LOCO 2.º (Entre bastidores.)
¡Tuyos son los suspiros de mi pecho!
¡Tuyos son...!
(Cae lentamente el telón, mientras Arturo solloza tristemente en el regazo de Leonor.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO



ACTO TERCERO

ESCENA PRIMERA

PEPE y DIPUTADO

Habitación en casa de Arturo.

PEPE. Y ¿gustó el discurso?

DIPUT. Que si gustó? Fué cosa admirable. ¡Qué efecto! Las minorías aplaudían a rabiar; sobre la mayoría indecisa, se cernía ese rumor con que revelan las colectividades las situaciones graves y dudosas. El presidente, con la faz pálida, se levantó y, con voz opaca y casi tartamudeante, anunció que el Gobierno estaba en crisis. Arturo serio, frío, casi indiferente, contemplaba el efecto de sus palabras.

PEPE Es un triunfo legítimo; pero esas reformas tan radicales, aunque sean la salvación del país, no se admitirán sin gran resistencia, acaso sin producir una tremenda revolución. Ahí es nada meterse con el clero, con el ejército, con la nobleza, con la burguesía... cambiar los cimientos del edificio social... sin mucho peligro de que se derrumbe todo con estrépito. Esas gallardías, amigo Ramírez, son peligrosas

en nuestra política hecha el patrón de los partidos turnantes.

DIPUT. No; en esta situación, o cuaja la disidencia y se forma un nuevo partido, o la mayoría se entrega a Arturo, atada de pies y manos. Y más probable es lo segundo, porque estamos ya todos cansados de ver cómo medran en nuestro partido la plutocracia, el compadrazgo, el culto doméstico y la blandura de rabadilla. Es vergonzoso. Para nombrar el último director y no dar que decir, se contaron, a manera de geras de gañán, los días que habían sido diputados los aspirantes, se trajo a colación la estadística de las veces que habían votado, de las comisiones a que habían pertenecido, de los discursos, *soit disent,* que habían pronunciado... ¡todo para obrar seriamente y en justicia! En efecto; después de tantos justiprecios y regateos de méritos y servicios, el designado para el cargo fué el más grande camello de la *menagerie* ministerial. ¡Un cacicón con la cabeza más dura que un peñasco incapaz de alcanzar ni los rudimentos del servicio importantísimo que le han encomendado!

PEPE Y ¿crees tú que Arturo?...

DIPUT. Arturo tiene buena intención y energía, y además, su programa de reformas es la continuación de el del Marqués de Peñas Rubias, de aquel hombre insigne a quien debemos el único ensayo honrado de política seria. No tiene más que continuar... ¿Ha venido mucha gente a felicitarle?

PEPE Tiene lleno el salón.

DIPUT. De Palacio ¿ha venido alguién?

PEPE Será pronto... tu caminas a gran velocidad.

ESCENA SEGUNDA

PEPE, DIPUTADO y LUISA

LUISA (A la puerta.) ¿Estáis solos?

PEPE Sí, entra.

LUISA (Entrando.) ¡Oh qué mareo! ¡Qué vida...! Temo que le van a volver loco.

DIPUT. Que le mareen. Y el ser, quien sabe, si Presidenta ¿no vale algún mareo?

LUISA No me halaga el cargo.

DIPUT. ¿No? ¿De veras?

LUISA Muy de veras, Enríquez. Yo quisiera ver a Arturo en un ambiente de tranquilidad. Las circunstancias nos han llevado a una vida que es un peligro constante.

PEPE No lo creas. Arturo sabe ya mucho y le ocurre lo que decíamos de Lagartijo: que no le alcanzaba un toro como no le tirase un cuerno. Puedes estar tranquila.

LUISA Pero si esto es vivir los hijos sin padre y yo sin marido. Mamá está apenadísima.

DIPUT. Aprensiones infundadas.

PEPE Esto le distrae y además realiza una obra buena.

ESCENA TERCERA

DICHOS y ARTURO

ART. Terminó el banquete y al fin puedo dedicaros un instante.

DIPUT. ¿Vino alguien de Palacio?

ART. Déjame en paz un rato de política.

LUISA Pero ¿cómo puedes resistir este ajetreo de visitas y recaditos y conferencias? Es insoportable.

ART. Para tí que eres un haz de nervios; pero

¿no hemos convenido en que yo no los tengo?.. ¿Y la abuelita y los nietos?

LUISA Piando por tí.

ART. Pues vamos allá.

DIPUT. Un momento... Arturo.

ART. (Llevándole aparte.) Tú dirás.

LUISA Arturo. . (Desde la puerta.)

ART. Voy al punto. Espérame allá.

DIPUT. Perdona; pero yo... creo que... llegado el caso... yo no tengo ambiciones.

ART. Una Dirección... ¿verdad?

DIPUT. O una Sub...

ART. Entendido... ¡Adiós!

DIPUT. ¡Adiós! (Sale.)

ESCENA CUARTA

PEPE y ARTURO

PEPE (Afectadamente.) Amigo, Arturo... Supongo que no me olvidarás... un ministerio... o siquiera una portería, ¡ja! ¡ja! ¡ja! ¡ja!

ART. No te rías, Pepe. Si llego a ocupar algún cargo, necesito de tu auxilio y de tu ayuda inmediata, aunque no sea, si no quieres, en un puesto oficial.

PEPE ¿Lo dices de veras?

ART. Con toda seriedad y suplicándotelo con el mayor encarecimiento. Tú no sabes lo que es una persona de confianza... en estos casos.

ESCENA QUINTA

DICHOS y GENERAL

GENERAL Arturo, amigo mío (abrazándole.)

PEPE El de la retirada, cómo se acerca ahora.

GENERAL ¡Qué triunfo! Hasta la gente del Senado

está que arde. Tienes muchísima razón. Ya era hora de que López...

ART. Mi General, López será siempre persona de mi mayor respeto.

GENERAL Pero como él no podrá continuar dignamente en la Vicepresidencia, aunque tú insistas mucho... yo espero... que no te olvidarás de que... yo, vamos... con la campanilla en la mano... que soy capaz de hacer ruído.

PEPE Ya lo creo... pobre Arturo.

ART. Mi General...¿cómo es posible que yo... en estas circunstancias... cuando... vamos... que dirían que no asamos y ya pringamos, mi General... Aún no hay el menor asomo de que yo...

CRIADO (Entrega una tarjeta.)

ART. (Vacilando.) Que pase. . Que pase... al despacho.

PEPE ¿Quién es?

GENERAL. ¿Quién... acaso?

ART. (Al salir precipitadamente entrega la tarjeta a Pepe.)

PEPE (Mostrándosela al General.) La cosa es hecha, mi General. (Leyendo.) ¡Rodríguez de Alburquerque! ¡Ayudante de Su Majestad!

GENERAL (Vacilando.) Pepe... yo necesito estar cerca... no sea que salga... sin ser visto... iré al antedespacho. (Sale.)

ESCENA SEXTA

PEPE y LUISA

PEPE ¡Hombre dichoso, tú que ambicionas!..

LUISA ¿Y Arturo? Otra vez lo hurtaron a la familia. Esto es insoportable. Y ahora no finge. Es que le halaga esa vida de la peor disipación.

PEPE — Pero, ¿no comprendes que eres injusta? Arturo se debe a los suyos.

ART. — ¡A los suyos! Has dicho una frase horrible, pero llena de verdad. ¡A los suyos! Esas gentes repulsivas... son los suyos. Nosotros, su madre, su mujer y sus hijos, somos los extraños.

PEPE — Pero, ¿a qué vienen esas exaltaciones tan extemporáneas? Fuiste tú la primera en alegrarte de ver a Arturo entregarse a esa vida y dar al olvido sus desplantes de filósofo, y ahora...

LUISA — No, hermano; ahora comprendo que Arturo finge para nosotros también, y que su corazón se secó a un tiempo para todos.

PEPE — Eso es una crueldad, Luisa. Tu marido os quiere con delirio y, a no ser por nosotros, no hubiera renunciado a lo que él creía deber de sinceridad. No le molestes con celos injustos y deja que pase esta racha en la cual necesita, más que nunca, de la ayuda de nuestro afecto. Acaso en su interior sostiene una gran lucha para no echarlo todo a rodar...

ESCENA SEPTIMA

DICHOS y ARTURO

ART. — (A un criado.) El coche al punto y mi gabán, mi sombrero.

LUISA — ¿Te vas?

ART. — Sí... voy... ¿Pero qué te ocurre? ¿Estás contrariada?

LUISA — Sin dar un beso a tus hijos...

ART. — No hay tiempo...

PEPE — Luisa... (Reconviniéndola.)

ART. Adiós, Luisa.

LUISA Arturo... los niños te llaman... dos días sin verte. Despídete de tu madre.

ART. No es posible... Adiós.

LUISA (Deteniéndole a la puerta.) No sales, Arturo, no irás sin oirme.

PEPE ¡Qué locura! ¿Por qué le detienes? No debe dilatar el acudir al llamamiento del Rey.

ART. Déjala que hable. Acaso su consejo sea providencial. Haz el favor de disculparme con esas gentes unos momentos.

ESCENA OCTAVA

ARTURO y LUISA

LUISA Arturo, mírame, mírame para que yo lea en tus ojos... (sollozando.) ¡Oh, Arturo, Arturo, tú me engañas y yo te quiero más que nunca!

ART. ¿No me quisiste fingidor? Soy tu obra... la obra de tu amor...

LUISA Sólo te ruego unos momentos de sinceridad. Por Dios te pido que vuelvas a ser, unos instantes no más, aquel Arturo que encendía en mi pecho llamaradas de pasión con su nobleza, aquel Arturo mío que levantaba tempestades de protestas diciendo a todos la verdad... Ahora no eres así; adulas a las gentes, medras con la mentira y, enamorado de tí mismo, de tu elocuencia y de la maravillosa farsa que estás representando, te has olvidado de los tuyos, y a mí... a mí me desprecias.

ART. ¡Oh, Luisa!

LUISA Me desprecias, sí, me desprecias y me abandonas por una hembra vil.

ART. ¿Qué dices? ¿Celos de mí?

LUISA Sí, celos, celos, odio infinito, náuseas del corazón...

ART. Pero, ¿qué mujer...?

LUISA Mujer, no; si lo fuera lo sentiría menos. Una mujer puede ser una hermosa realidad y eso ennoblecería mi odio; pero no es mujer...

ART. ¡Ah! sí, los celos son de la política. Mala rival has buscado. Ella vence siempre.

LUISA ¡Siempre!

ART. Siempre, Luisa mía.

LUISA Y, ¿ahora también? En este momento supremo en que se juega nuestra dicha, cuando Dios te da a elegir entre la santa paz de tu casa y el perpetuo engaño de una vida disipada. ¿Ahora también vencerá? ¿Vas a engañar al Rey diciéndole que eres capaz de realizar en obras lo que tú me has confesado cien veces, que no son más que palabras, palabras, palabras huecas y sonoras? ¡Oh! Arturo, por tus hijos, por tu madre, ya que no por mí, por Dios Santo, te ruego que vuelvas en tí y rompas esos lazos malditos. Dí la verdad al Rey, dísela con aquellos acentos valientes...

ART. ¿Es eso todo tu deseo?

LUISA Que vuelvas a nosotros...

ART. ¿Cómo pudiste creer, Luisa, que llegado a esta situación culminante de mi vida, cuando me cercan todas las desatadas pasiones de un partido y se cifran en mí las esperanzas de un pueblo sediento de justicia, pudiera faltarme la sinceridad?

LUISA ¡Arturo, Dios nos oye!

ART. ¡Dios será testigo de que obraré en conciencia!

LUISA Y, ¿renunciarás a todo?

ART. No más te prometo, sino que seré sincero. (Va a salir.)

LUISA (Sola.) Ah, qué duda, qué duda... ¡Arturo, Arturo!

ART. (Deteniéndose.) ¡Dadme serenidad, Dios mío!

LUISA ¿Me amas? (Abrazándole con pasión.)

ART. ¡Cómo puedes dudarlo!

LUISA Dime la verdad, la verdad...

ART. Esto es ya imposible ¡Madre! ¡Pepe!

ESCENA NOVENA

ARTURO, LUISA, MARQUESA y PEPE

MAR. ¿Qué ocurre?

PEPE Lo estaba temiendo.

ART. Llevadla. Ha enloquecido. (Sale Luisa llevada por la Marquesa y Pepe.)

ESCENA DECIMA

ARTURO, DANIEL y JOVENES REGENERADORES

DAN. (Viniendo al encuentro de Arturo.) ¡Oh! insigne Arturo, honor de la juventud regeneradora, recibe la felicitación más cordial de esta pléyade del porvenir que cifra en tí sus esperanzas.

ART. (Abrazando a Daniel.) Gracias, Daniel; falta me hace confortarme en vuestros brazos; el peso es enorme. En vosotros veo la noble aspiración, la idea patriótica, libre de miserables ambiciones. Sea la juventud regeneradora la salvaguardia de mis reformas, dar el primer ejemplo de abnegación...

JOVEN 1.º (Adelantándose con ademán bizarro.) Maestro, la juventud regeneradora como los madgiares ante María Teresa, desenvainando su espada, cubierta de rica pedrería, exclaman: Muramos todos por nuestro jefe y por nuestra idea.

ART. Por la idea no más, y eso basta. Y ahora cada cual a su deber. (Intentando salir.)

DAN. (Cambiando de tono.) Un momento, Arturo. La idea es, vamos... es una pura abstracción. Es necesario concretar algo para alentar a estos jóvenes abnegados.

ART. Ya comprendo... hay que traducir en leyes las reformas.

DAN. Aún más concreto, querido Arturo. Vosotros, los grandes hombres, vivís en las regiones del ideal, y la vida es la vida, y es cruel...

ART. Ya voy entendiendo.

DAN. Clarito: para López, el juzgado municipal del Norte; para Pérez, el del Sur; para...

ART. Sí, para Hernández, el Orto, y para González, el Ocaso. Bravo, amigos míos, coparemos la rosa de los vientos no dejando al enemigo ni uno sólo de los puntos cardinales.

TODOS ¡Bien! ¡Bravo! (Van saliendo por el foro; Daniel mientras tanto dice a Arturo.)

DAN. En cuanto a mí...

ART. No estás olvidado. Para tí, el juzgado del Centro.

DAN. No, querido Arturo; yo soy más modesto. Me contento... ya sabes que yo amueblé y decoré el Círculo de la Juventud Regeneradora y he subvenido a todos sus gastos, pues para reembolsarme... bastaría un poco de tolerancia... de tolerancia...

ART. Sí, en los recreos lícitos... ¿verdad?

DAN. Entendido... ¡Adiós! (Vase.)

ART. (Con gran desconsuelo.) «¡Oh! juventud, primavera de la vida». (Vase.)

ESCENA UNDECIMA

LUISA y detrás PEPE y MARQUESA

LUISA (Yendo hacia el foro.) Salió. Quiero seguirle...

PEPE (Deteniéndola.) Luisa, ¿estás en tu juicio? Cálmate y oye a la Marquesa que es más razonable que tú. (La Marquesa y Pepe llevan a un sofá a Luisa acongojada.)

MAR. Pero ¿qué sucede? ¿Por qué callais los dos?

PEPE Una cosa, señora, que en otra casa produciría gran júbilo. Arturo ha sido llamado a Palacio. Acaso dentro de una hora vuelva siendo ministro, quién sabe si Jefe del Gobierno.

MAR. Y ¿crées tú que eso no será aquí una gran desgracia?

LUISA (Con acento de desesperación.) ¡Una inmensa desdicha!

PEPE ¿Usted también, Marquesa? Si ustedes se empeñan... lo será. Pero lo razonable parecería alegrarse de un suceso que trae honores merecidos a esta familia.

MAR. Tú no sabes la excitación de Arturo en los últimos días. Lleva una semana sin descanso. Su inquietud no ha transcendido fuera de casa, pero aquí...

PEPE. ¿No ha de estar inquieto un hombre que va a realizar un acto de tanta resonancia? Pero esa inquietud no tiene nada que ver con lo pasado.

LUISA Sí, hermano. Es una forma nueva de su enfermedad. Ahora le...

FUL. (Levantando la cortina.) ¿Señora?

ESCENA DUODÉCIMA

DICHOS, GENERALA y CONDESA

GENERALA Mil enhorabuenas.

COND. Mi felicitación la más cordial, aunque no me ha sorprendido después del discurso.

PEPE ¿Lo oyó usted?

COND. ¡Maravilloso! ¡Estupendo! Al Presidente, tan arrogante otras veces, se le puso carne de gallina a las primeras de cambio. ¡Qué manera de pegar! ¡Qué reformas! ¡Y todo con una finura y un decoro y un señorío! Era una hoja finísima de acero que penetraba hasta las entrañas.

MAR. Pero todo eso nos privará de su compañía.

GENERALA ¿Quién piensa en eso? Mal harán ustedes. Yo, cuando mi marido fué ministro, no salía de su despacho. Como que alguna vez tuvo que echarme a cajas destempladas. Pero yo... erre que erre. Eso de ser ministra sólo de nombre no es para mí.

LUISA Usted tiene otra... otra manera de ser, Generala.

GENERALA No hay más que una manera de ser ministra: siéndolo. Y a eso venimos a que comiencen ustedes su ministerio ..

MAR. Por Dios, Gertrudis.

COND. No hay por Dios que valga.

LUISA Pero si aún...

GENERALA Nada, nada. El llanto sobre el difunto.

PEPE No hable usted de difuntos, Generala, que es de mal agüero.

GENERALA Bueno; pues el muerto al hoyo y el vivo al bollo. ¿Pega eso mejor?

PEPE Cambia usted el difunto por el muerto.

GENERALA Pues a la que estamos, tuerta. ¿Y eso pega?

PEPE — Pega.

GENERALA — Venimos a echar dos memoriales: uno, a la ministra, y otro, a la madre del ministro. Habla tú primero que pides menos.

COND. — Peláez, el contralmirante... que le halagaría una senaduría vitalicia, y él es tan retraído... Hay cinco vacantes, y él .. él...

PEPE — El... es un estuche de méritos y servicios.

COND. — Eso.

LUISA — Pero Condesa... nosotras no podemos... ni debemos...

GENERALA — Y ahora va la mía. El General debe ir a la Presidencia de la Cámara alta, ¿digo algo, Pepe?

PEPE — Eso está pero que muy bien dicho, mi Generala; más... ya se han anticipado a usted.

GENERALA — ¿Quién?

PEPE — Tranquilícese usted. Su propio esposo.

GENERALA — La primera vez que ha sido oportuno en su vida.

ESCENA DÉCIMATERCERA

DICHOS y ARTURO, GENERAL, MINISTRO, MEDICO, DIPUTADO DANIEL y JOVENES REGENERADORES

PEPE — ¿Tan pronto de vuelta?

ART. — Terminé en cinco minutos.

MINIS. — Le encargó a usted...

ART. — Sí, me encargó de formar Ministerio. (Murmullo de alegría.)

LUISA — Y ¿aceptaste? (Con ansiedad.)

ART. — Decliné el honroso encargo. (Movimiento de sorpresa.)

GENERAL — Está loco.

MINIS. — Eso, Arturo, es ponernos a los pies de los caballos...

DIPUT. ¡Inconcebible!
GENERALA Metió la pata.
COND. Volvió a las andadas.
ART. Después de lo dicho, comprenderán ustedes que se nubló por completo para todos el espléndido día de las promesas.
MINIS. Y ¿quién formará Ministerio?
ART. El Duque de Almaviva.
GENERALA ¿Cómo estás con el Duque?
GENERAL Así... a medias ..
GENERALA Vamos a verle. Adiós. Un asunto urgente.
MINIS. Adiós, Arturo. Creo que ha dado usted un mal paso... pero .. ya... irremediable...
(Salen todos menos los que se indican en la escena siguiente.)

ESCENA DECIMACUARTA

ARTURO, MARQUESA, LUISA y PEPE

ART. ¡Al fin libre y entre vosotros..! Pero, ¿qué os pasa?
LUISA Arturo, por Dios, explica. Yo no sé qué pensar.
MAR. Hijo, hijo mío. ¿Has renunciado sin esfuerzo?
ART. ¿Pero aún teméis? ¡Si es hoy el día más feliz para todos!
Por amor vuestro refrené las exaltaciones de mi carácter hasta el punto de hacerme simpático a las gentes y escalar la más elevada posición política. Llegué a la cúspide, y al contemplar en el fondo un pueblo desgraciado y miserable, recobré, con la conciencia de mi responsabilidad, todas las energías de mi carácter; y la verdad brotó de mis labios.
LUISA ¡Oh, Arturo! Habla, por Dios!

ART. El Soberano noble, inteligente, reposado en sus juicios, lleno de amor a su pueblo, puso en mis manos sus destinos, con frases de tan acendrado patriotismo, que dudé un punto... un instante no más... Me recuperé pronto y decliné el encargo diciéndole poco más o menos: Señor, no puedo, no debo aceptar ese honroso poder; mi misión ha terminado. Yo no tuve jamás otro propósito que hacer llegar a la cúspide de la montaña la voz de las gentes que habitan en el llano a través de las nubes que ocultan a la realeza las necesidades del pueblo. Lo he logrado, y el lograrlo, constituye la mayor satisfacción de mi vida... Pero yo no soy hombre de gobierno, carezco en absoluto de dotes de mando y sería un gran mal el ponerme de timón de la nave. Además, señor...¿Y ahora me abandona usted, dijo el Rey, después de haber lanzado al pueblo el ideal de las reformas?

PEPE Bien dicho.

ART. Señor, contesté casi balbuciente, verdad es que yo levanté la bandera, iniciando el movimiento regenerador; pero esas reformas, aun siendo tan necesarias y sentidas parecen, en el estado actual de la nación, un verdadero delirio... más claro, Señor, una gran locura... ¿Y había de ser yo, que me he visto recluído por loco en un manicomio, el encargado de realizarlas? ¿No sería esto causa bastante para que fracasaran? V. M. juzgará y yo estoy dispuesto a obedecer su mandato. Dije estas palabras con tal firmeza y con tal acento de sinceridad, que no insistió, y después de preguntarme si el Duque, de quien yo había hecho grandes elogios, se-

ría el más indicado... me despidió con un expresivo apretón de manos. Y he aquí todo.

MAR. ¡Oh, hijo mío, hijo mío!

LUISA Y yo que temí que pudieras aceptar.

PEPE Aquí el único contrariado soy yo. Nadie podrá creer que ambicionase grandes posiciones para Arturo; pero el renunciar a ésta, que venía a sus manos providencialmente, me parece insensato. De nada vale el pasarse la vida teorizando y maldiciendo si luego, a la hora precisa, se echa fuera el hombro. ¡Pobre España!

MAR. Eres injusto, Pepe.

PEPE Digo la verdad, y alguna vez ha de ser patrimonio mío. Te has recreado unos cuantos años en maldecir de un pobre señor, que en lo alto del circo político andaba trabajosamente sobre la cuerda...

LUISA ¿A qué viene eso?

PEPE Viene muy a cuento de la timidez de tu marido. Y dejadme continuar. Ahora, después de hacer retirar, entre silbidos a tu antecesor, te invita el público a que te lances sobre la cuerda y tú, que tanto maldeciste del equilibrista, te retiras aterrado sin atreverte a dar el primer paso, lleno de temor ante la inminencia del peligro. Y tu antecesor hará bien en decirte, y ya correrá el sarcasmo de boca en boca: ¿si creerá Vuesa Merced que es cosa tan fácil el hinchar un perro?

LUISA Tú dirás lo que quieras; pero Arturo hizo bien en no caer en esa horrible tentación.

MAR. Y en no abandonar a la familia. ¡Por Dios, Pepe!

LUISA Le vas a hacer entrar en escrúpulo.

ART. No lo temáis. Pepe con cuatro palabras que le diga al oído quedará convencido. (Le habla con exaltación al oído.)

LUISA ¿Qué dice? ¿Por qué tanta reserva?

PEPE Dejadnos solos. Es cosa graciosísima. Estoy convencido...

(Luisa y la Marquesa, que se retiran un instante hacia el foro, se acercan luego presas de ansiedad.)

PEPE Pero tú ¿la viste en forma carnal?

ART. La ví, Pepe, ví a Leonor con las faldas recogidas bailando en derredor del trono y diciéndome: «no aceptes, te tomarán por loco, fracasarás».

PEPE Y tú .. ¿lo aseguras?

ART. ¡Como que lo ví con toda claridad!

PEPE Pobre Arturo, tus preocupaciones de estos días te hacen desvariar.

ART. Desvariar, no; lo ví con mis ojos. Bajo el trono había una encina grande con sus ramas secas y lacias; aquél árbol era España.

PEPE ¡Pobre Arturo!

ART. Tenía todas las raíces vivas y se moría... se moría porque le habían cortado la vena madre por donde ascienden al tronco las savias seculares.

PEPE No hables más de eso. Estoy convencido. Vamos a ver a tus niños.

ART. ¿Estás convencido, verdad? Estuve cuerdo. ¿Dudas? Dilo pronto ¿dudas?

PEPE Cómo dudar, Arturo. Qué desvarío. Dios nos tuvo de su mano al inspirarle la idea de la renuncia.

ART. Luego, no dudas. ¿Hice bien?

PEPE Dios inspiró tu resolución.

ART. ¡Júralo!

PEPE ¡Lo juro por lo más santo, convencido de que nunca hiciste cosa mejor!

ART. (Transición rápida de tono.) ¡Ja! ¡ja! ¡ja! ¡ja! ¡Ah! pobre y lo juraste y creiste en mi extravío más que en mi cordura! ¡Y ha bas-

tado un leve fingimiento para hacerte cambiar...!

PEPE Luego lo de Leonor y la encina... ¿fué engaño?

ART. Lo fué y ello bastará para que comprendas que si tú, más que mi amigo, mi hermano, pudiste caer en el engaño, aun siendo tan somero y repentino ¿qué no hubieran creído los españoles al ver a un orate jubilado?...

PEPE No digas más; que con lo dicho basta para que asevere con más ahinco que nunca, que en este mundo la verdad pura es cosa imposible.

TELÓN

FIN DE LA OBRA



PRECIO: 2,50 PESETAS